

Por no parecer adular un sistema de cosas que aceptan y en cuya gestión pública algunos de ellos participan, los jóvenes autores de México han sentido rubor de establecer, con sus escritos, una literatura que pudiera creerse de propaganda. Miembros de la renovación de su patria, antes de tocar a la obra de arte, se desnudan de todo prejuicio que no sea el dogma estético, estricto, en que convergen, y fundan esta actitud en la misma escrupulosa razón que hacía sacudir a Goethe, antes de entrar a la quietud de su gabinete de estudio, el polvo con que los afanes de la calle le habían blanqueado las solapas oscuras del gabán.

La suavidad de los matices de la altiplanicie que Pedro Henríquez Ureña descubría, con perspicacia, hace algunos años, en la calidad de nuestra lírica, es un efecto de este pudor. Salvo en algunos parajes de la costa, el hablar del mexicano, como los colores en el vestido de sus mujeres, es apagado y sobrio. Evita con elegancia los contrastes demasiado bruscos, las disonancias demasiado vivas. Más que de sonar parece dichoso de deslizarse en las *e l e s* líquidas o de lazarse a sí propio, como en la mangana de uno de los charros de nuestras haciendas, en el silbido corredizo y redondo de las *e s e s*. Las cualidades de una literatura así, para no insistir en sus defectos, son la modestia, la sobriedad, el delicado equilibrio del pensamiento con la forma, de la idea y de la frase, de la sustancia y del perfil. Ni en los